Miguel Hernández y los poetas malagueños

Antonio A. Gómez Yebra
Universidad de Málaga

La relación de Miguel Hernández con los poetas malagueños podría considerarse en tres momentos diferentes, correspondientes a otros tantos momentos de la historia personal del poeta oriolano y de la historia de nuestro país: A) antes de la guerra; B) durante la guerra; C) después de la guerra; aunque aquí la analizaremos dentro de un mismo epígrafe y siguiendo un orden cronológico.

De la misma manera, y sin ánimo de agotar todas las posibilidades, consideraré la de abordar poetas malagueños propiamente dichos junto a otros que lo son por adopción y aquellos que lo fueron por cuestiones de asentamiento geográfico. Sin descartar interesantes personajes que no eran propiamente poetas, sino impresores o pintores, aunque muy relacionados con la poesía.

De los poetas malagueños con los que Miguel Hernández mantuvo contactos antes de la guerra hay que destacar a Vicente Aleixandre y Manuel Altolaguirre.

Maestro y amigo fiel: Vicente Aleixandre

En cuanto a la relación de Vicente Aleixandre con Miguel, ha sido suficientemente abordada en numerosas ocasiones. Baste

decir aquí que el Premio Nobel era malagueño de adopción,[1] y que se sintió malagueño durante toda su vida, cantando a su ciudad del paraíso como pocos poetas lo habían hecho hasta ese momento.

Acogió cariñosamente a Miguel desde el primer momento, y este le correspondió de la misma manera, proporcionándole en momentos de dificultad, durante la guerra, ayuda física y no pocas cajas de naranjas de Orihuela que eran una fuente de energía para el autor de *Espadas como labios*.

Suficientemente conocida es la carta de presentación del joven Miguel, que, como pobre poeta cabrero le solicitaba un ejemplar de *La destrucción o el amor*, que no podía adquirir.

En *Los encuentros* lo dibujó en estos términos:

> Era puntual, con puntualidad que podríamos llamar del corazón. Quien lo necesitase a la hora del sufrimiento o de la tristeza, allí le encontraría en el minuto justo. Silencioso entonces, daba bondad con compañía, y su palabra verdadera, a veces una sola, haría el clima fraterno, el aura entendedora sobre la que la cabeza dolorosa podría reposar, respirar. Él, rudo de cuerpo, poseía la infinita delicadeza de los que tienen el alma no solo vidente, sino benevolente. Su planta en la tierra no era la del árbol que da sombra y refresca. Porque su calidad humana podía más que todo su parentesco, tan hermoso, con la naturaleza.
> Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos. No se le apagó nunca, no, ni en el último momento, esa luz que por encima de todo, trágicamente, le hizo morir con los ojos abiertos.[2]

No fue la única vez en que habló de Miguel. En sucesivos encuentros diría de él que «los pómulos abultados, el pellizco de

---

[1] También lo fue Jorge Guillén, en cuyo poema «Miguel Hernández» lo nombraba «criatura de fuego –si no barro, / o ya vidrio con luz que lo traspasa», así como «aprendiz perpetuo de las formas», en *Y otros poemas*, Barcelona, Barral Editores, 1979, pág. 331.

[2] Vicente Aleixandre, *Prosas Completas*, ed. de A. Duque Amusco, Madrid, Visor Libros, 2002, pág. 213.

la nariz, la anchura de su cara, afinada en su base, asociaban este rostro a la imagen de una vasija de barro popular, gastada y suavizada por el tiempo de su uso, pero enteriza siempre»,[3] como si con estas palabras subrayara lo que el mismo Hernández había dicho de sí mismo: «Me llamo barro, aunque Miguel me llame», de *El rayo que no cesa*. A Vicente dedicó Miguel su «Oda entre arena y piedra»,[4] así como *Viento del pueblo*, en cuyas palabras iniciales reconoció su magisterio tanto como el de Neruda: «Tu voz y la mía irrumpen del mismo venero. Lo que echo de menos en mi guitarra lo hallo en la tuya. Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía, y el pueblo, hacia el que tiendo con todas mis raíces, alimenta y ensancha mis ansias y mis cuerdas con el soplo cálido de sus movimientos nobles. Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar solapados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.»[5]

Vicente, por su parte, escribiría la sentida elegía «En la muerte de Miguel Hernández». En ese poema el autor de *Sombra del paraíso* insiste en los ojos azules de Miguel, que ha dibujado en otras ocasiones, aunque parece un dato erróneo:

¿Por dónde?
No lo sé. Fue sin música.
Tus grandes ojos azules
abiertos se quedaron bajo el vacío ignorante,
cielo de losa oscura,
masa total que lenta desciende y te aboveda;
cuerpo tú solo, inmenso,
único hoy en la Tierra,
que contigo apretado por los soles escapa.[6]

---

[3] Id., pág. 216.

[4] Miguel Hernández, «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre», *Poesía completa*, ed. de A. Sánchez Vidal, Madrid, Espasa Calpe, 1992, págs. 526-528.

[5] Id., pág. 550.

[6] Poema publicado como nº 2 de los «Cuadernos de Las Horas Situadas», al cuidado de Irene y José Manuel Blecua, Zaragoza, febrero de 1948.

Claro que también reitera que no hubo música en su entierro, cosa que se ha afirmado en diversos trabajos.

Antes, durante y después de la guerra: Manuel Altolaguirre

Manuel Altolaguirre, nacido cinco años antes que Miguel en la céntrica calle Strachan de Málaga, había de crear con José Mª Souvirón y José Mª Hinojosa la revista *Ambos* en 1923, y, tres años después, *Litoral*, donde se publicarían algunos de los primeros poemas y libros de la emergente generación del 27.

Su relación con el poeta oriolano es suficientemente conocida, pues se ha relatado en diversos lugares. Miguel, amigo incondicional de sus amigos, pretendía que el malagueño publicara los textos de Ramón Sijé, tal como relata Altolaguirre:

> Con aquellos manuscritos, por fidelidad amistosa, vino a mi imprenta, pero yo preferí publicarle sus versos *El rayo que no cesa*, colección de sonetos admirables. En Madrid trabajaba con José María Cossío en una *Enciclopedia del toreo* que iba a publicar Espasa Calpe. Su oficina estaba cerca de mi casa, y al terminar su trabajo venía a verme, entrando por la ventana abierta; tenía facilidad para subirse a los árboles, cosa que hacía cuando paseábamos por alguna alameda. [...] No es cierto, pues, que fuera un poeta desconocido antes de la guerra, sino, por el contrario, a pesar de su juventud, ya había pasado por diferentes modos de sentir y pensar. [...] Dije antes que vivía rodeado de exaltación. Era llama de amor viva. Su fuego, su esperanza, su heroísmo, crecieron con la guerra. Fue valiente y apasionado hasta perder la memoria. Su muerte es la mayor cobardía de esta guerra. Ojalá pudiéramos ser los poetas tan terribles.[7]

---

[7] «Noticia sobre Miguel Hernández (1939)», en Manuel Altolaguirre, *Obras completas*, I, ed. crítica de James Valender, Madrid, Istmo, 1986, págs. 409-410.

El rayo que no cesa fue el aldabonazo que colocó a Miguel en la primera fila de los poetas del momento, y el libro que supuso un profundo cambio respecto a su producción anterior. Altolaguirre lo editó sin adaptarlo al formato de las ediciones Héroe, a las que, sin embargo, pertenece.

Con el tiempo, Altolaguirre le publicaría «Vecino de la muerte» en el nº 1 de *Caballo verde para la poesía*, de octubre de 1935, y algún texto más en *Poetas en la España leal,*[8] *Homenaje al poeta García Lorca contra su muerte,*[9] así como en *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales,*[10] además de otros poemas durante la etapa americana.[11]

Altolaguirre se permite a veces aconsejar al joven Miguel en cuestiones poéticas. Así en la carta escrita en Valencia en marzo de 1937:

> Esa misma desigualdad en tus versos es la que me asegura en la idea de que puedes con tu poesía llenar en parte el vacío irreparable que nos ha dejado en España el poeta Federico García Lorca. Desigualdad que nos hace descubrir de pronto verdaderas montañas de hermosura. Cuando pase el tiempo (*este espacio de tiempo incandescente, esta guerra flamígera en que estamos*), encontrarás la serenidad que se requiere para que en tu obra futura no existan tamañas desigualdades.[12]

Muy significativa será la edición, ya en La Habana, dentro de la colección «El Ciervo Herido», en la imprenta La Verónica, del libro *Sino sangriento y otros poemas*, de Miguel, a quien el 30 de agosto de 1939 se daba por fusilado por los franquistas.[13] El libro

---

8 Ediciones Españolas, Madrid-Valencia, 1937.

9 Valencia-Barcelona, Ediciones Españolas, 1937.

10 Barcelona, Ediciones Españolas, 1938.

11 Por ejemplo, «El hijo –Último poema de Miguel Hernández–», en *Las Españas*, nº 6 México, D.F., septiembre de 1947, pág. 7.

12 Manuel Altolaguirre, *Epistolario*, ed. de James Valender, Madrid, Ediciones de la Residencia de Estudiantes, 2005, pág. 385

13 Julio Neira, *Manuel Altolaguirre, Impresor y Editor*, Málaga, Universidad / Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008, pág. 401.

es de un formato claramente inferior al de *El rayo que no cesa*, pero no por ello deja de tener un significado especial en la bibliografía del oriolano.

Otros poetas y escritores

Pedro Pérez Clotet, nacido (1902) en Villaluenga del Rosario, en Cádiz, puede considerarse uno de los poetas malagueños por haberse afincado en Ronda y haber escrito allí buena parte de su obra.

Ambos poetas se habían conocido en aquel Madrid de la República, y Miguel había hecho una reseña de su poemario *Trasluz*, que se publicó en *Diario de Cádiz* y más tarde en el nº 6 de la revista *Isla*, que dirigía Pedro.

Josefina recordaba un borrador de una carta a Pérez Clotet («Gloter») donde Miguel comentaba:

> Dentro de unos días, diez... doce, voy de nuevo a Madrid. *El torero más valiente*, tragedia española, mía, me lleva en busca de teatro allí. Además, también quiero ver si estreno, *El auto sacramental*. Tengo en preparación muchas cosas... El cine me atrae irresistible. Yo siempre atormentado por mi imaginación.[14]

En otro borrador, anota lo siguiente:

> Estoy acabando mi segundo libro para enviarlo en octubre al concurso Nacional. Definitiva original. Poemas de factura clásica. Al revés de *Perito en lunas* este es un libro descendido y descendiente del sol, solar. Claro y concreto».[15]

Se trataba de *El rayo que no cesa*, como no cesó la amistad entre los dos poetas.

---

[14] *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, pág. 172.

[15] Ibíd., íd.

Por eso, Pedro Pérez Clotet le dedicó el soneto «Aquel día», que introduce con una cita del oriolano: «Umbrío por la pena, casi bruno, porque la pena tizna cuando estalla...», de *El rayo que no cesa*:

Allí estabas, tan firme, tú, aquel día,
vibrante igual que un tembloroso cirio.
Allí, tan claro tú, pálido lirio,
que una brisa lejana conmovía.

Allí estabas. ¿Allí? Te sonreía
la tarde, y su canción –ay, tu martirio-
te alzaba sin cesar. (Qué alto delirio
tu mirada sin luz, tu voz umbría).

Allí estabas y estás... (Ya un sol te dora,
te defiende, y, abierto a cada aurora,
clamas, ya tanta noche destruida).

Por eso allí te miro, para verte
mejor, y guardo al filo de tu muerte
la amarga sombra aquella de tu vida.[16]

De la preguerra también hay que recordar la amistad de Miguel con María Zambrano, la filósofa veleña que había nacido el 25 de abril de 1904, a quien conoció cuando esta ya había terminado la carrera, en 1934, antes que a Pablo Neruda. A María dedicará su poema «La morada amarilla», en el número 2 de *El Gallo Crisis* (agosto de 1934), revista cuyos presupuestos ella no comparte ni tampoco la mayoría de sus amigos madrileños. Con María participará en las Misiones pedagógicas, y asistirá a tertulias en su domicilio particular de la Plaza del Conde de Barajas donde toma el té con algún escritor novato, entre los que aparece en ocasiones Camilo José Cela.

María Zambrano, que mantuvo una relación cordial con el autor de *El rayo que no cesa*, fue quien levantó la liebre del desen-

---

[16] Pedro Pérez Clotet, *Obra literaria I. Poesía*, Málaga, Centro Cultural Generación del 27, 2005, pág. 295.

cuentro entre Federico García Lorca y Miguel Hernández: «toda aquella *pléyade de poetas* lo acogió como mejor podía, con excepción de un poeta prometido al *sacrificio* en modo fulgurante, que experimentaba una especie de *alergia* por su presencia personal.»[17]

La relación, según José Luis Ferris, pudo haber ido algo más allá de la cordialidad amistosa.

> El contraste [...] que suponía una joven refinada y de enorme preparación académica con un poeta rudo como Miguel no fue nunca una razón para que María Zambrano rechazara el acercamiento hacia él. Más bien generó la reacción contraria, toda vez que sólo una sensibilidad como la suya podía ser capaz de distinguir, entre aquel grupo, al muchacho que mejor se ajustaba a su espíritu en unos momentos en que también la escritora atravesaba una crisis afectiva de parecida magnitud. Y ocurrió lo que debía pasar entre dos compañeros que superan la línea de la amistad y pisan el delicado terreno del enamoramiento. Sin pretensiones; sin ansia ni celo de continuidad, María Zambrano y Miguel Hernández se buscaron íntimamente aquellos últimos días de 1935. [...] Lo único cierto es que, al acabar las tertulias dominicales y una vez disuelta aquella reunión tan plagada de talento y generosidad, María y Miguel se quedaban solos y salían a pasear bajo la noche de Madrid, a conversar sin límite. [...] un testimonio de la escritora nos permite pensar, por el tono de sus palabras y el modo de elaborar el recuerdo, que algo más que una edificante amistad existió entre los dos: [...] venía a casa y salíamos a pasear por aquellos lugares de la entrada de Madrid, cuesta abajo calle de Segovia para sentarnos algún rato en el puente o sobre una piedra a la entrada de la Casa de Campo, solos y como si estuviésemos abandonados. Por mi parte, pasaba un momento extremadamente difícil y

[17] En *Andalucía, sueño y realidad*. Cito a través de José Luis Ferris, *Miguel Hernández, pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, pág. 245.

> creo fuera ello también lo que nos unió tan diáfanamente [...] era un creyente. Y creyó siempre en lo mismo, en *el rayo que no cesa* y en el amor que no acaba.[18]

El caso de Bernabé Fernández-Canivell es ciertamente singular. Nació en Montilla (Córdoba, 1907), aunque la mayor parte de su vida discurriera en Málaga, donde se convirtió, en apropiada acuñación aleixandrina, en «El impresor del Paraíso», pues en la ciudad que así había caracterizado el sevillano llevó a cabo una labor editora relevante.

Sus contactos con todos los miembros de la generación del 27, así como su actividad impresora durante la guerra al lado de Altolaguirre y Gil-Albert entre otros, en el monasterio románico de Santa María de Gualter, a orillas del Segre, lo pusieron en un lugar de privilegio, que él aprovechó con generosidad para, con el tiempo, sacar a la luz no pocas obras de todos ellos y de muchos otros. Muchas de las iniciativas editoras de poesía de la posguerra malagueña, especialmente la revista *Caracola*, hubieran tenido una vida mucho más efímera de no haber mediado Bernabé, a quien todos consideraron poeta, aunque no se conozcan versos suyos.

Lo cierto es que su padre era el inventor del famoso producto CEREGUMIL (cereales y leguminosas), que tantas veces Miguel solicitaba a Josefina, porque su aporte energético le resultaba imprescindible.

En la revista *Caracola* publicó textos de Miguel, o en homenaje al poeta.

Ya en el nº 4 (febrero de 1953) incluyó, bajo el epígrafe «Los versos que no se olvidan», dos sonetos de *El rayo que no cesa*: «Te me mueres de casta y de sencilla», y «¡Y qué buena es la tierra de mi huerto!», de *El silbo vulnerado*.

En el nº 8 (junio, 1953), tiene cabida un soneto de A. García Morales titulado «Miguel Hernández» donde considera que su profesión es la de barro, como el poeta recordado.

En el nº 17 (marzo, 1954), incorpora «España vertebrada», y en el nº 79 incluye el soneto «Orihuela», de Rafael Santos Torroella.

---

[18] José Luis Ferris, cit., págs. 274-275.

Sin duda, el mayor aporte malagueño a Miguel Hernández es el número 85 de la revista, de octubre de 1960, cuando, al cumplirse el 32 aniversario de la muerte del poeta, *Caracola*, siguiendo el ejemplo de *Ínsula*, que había publicado un homenaje al oriolano, ofrece varios textos poéticos de sus colaboradores más habituales, a la espera de un número especial.

Se incluye el poema de Pérez Clotet, el de Carlos Rodríguez Spiteri, así como el soneto «Preguntas a Miguel», de Alfonso Canales (Málaga, 1923), uno de los poetas malagueños más cultos y reconocidos por la crítica, de larga y variada trayectoria (Premio Nacional de Literatura, 1965 por *Aminadab*), creador de diversas publicaciones, a veces con Muñoz Rojas, a quien considera su maestro:

MIGUEL, ¿pero es la muerte tan sencilla?
¿Es sencillo nacer, cobrar altura,
labrar un sueño, erguir una figura,
y al cabo ser tan solo una semilla?

¿Es sencillo, Miguel, pulir la quilla
del corazón contra la piedra dura,
para dotar al áloe de amargura
o urdir una flor nueva y amarilla?

¿No hay más que hacer, pasada la frontera,
que bajar en la tierra dos peldaños
y dar fruto al naranjo y a la higuera?

¿No sumas ya tus gozos a tus daños?
¿No está la voz más viva y más entera
ahora que cumples tus cincuenta años?[19]

También tendrá cabida «Todo en orden», de Rafael León, poeta malagueño (1931), editor de diversas publicaciones, tanto junto a Bernabé Fernández-Canivell como a Alfonso Canales y a su propia esposa, María Victoria Atencia:

---

[19] El poema se introduce con una leyenda: «(En el medio siglo de su vida en los 18 años de su muerte)».

El corazón inventa
entonces la palabra
arteramente pura,
y la deja en los libros

donde tiniebla acoge
el dolor de sus páginas
y la ternura aquieta
su memoria en olvido.

No hay polvo, no. ¿No hay polvo?
Ni sorpresa. De nuevo,
ileso amor declara
cada cosa en su sitio.

Momentos del hallazgo,
proclamad la esperanza:
ganamos vida nuestra
desde su verso mismo.[20]

Se incluyen además los sonetos «Ser un río de amor» y «Al dolor del destierro condenados», de Adolfo Sánchez Vázquez, malagueño de adopción, pero nacido en Algeciras, y el poema «A El rayo que no cesa», de José Ruiz Sánchez (Málaga, 1924-1998), uno de los grandes poetas malagueños menos conocidos, miembro del consejo director de *Caracola*, autor de amplia y densa obra poética y pictórica:

CIELO destruido, ciudad enferma,
ardida multitud de la danza,
¿a qué calle larga y envejecida por el polvo llegas?
Pues hay un luto triste y exiguo,
un luto ahuyentado y silencioso,
como una manzana en un invierno de lluvias frías y pequeñas.

[20] El poema lleva una leyenda previa: «(En la palabra, su pueblo y el mío, se me ha vuelto como del rayo Miguel Hernández...)».

Oh maíz esparcido, oblicuo ya y desinteresado,
raíl donde la alfombra del tiempo
escribió su historia de agosto.

Un polen soleado y poderoso
se abre ante el dios de la oscuridad y el dios de la noche,
aquel que alcanza su gloria
junto al filo del insomnio
y alarga su tránsito
por entre los huesos reblandecidos.

Y un apagado intento de la rosa,
Que aún se viste de lluvia para hacernos la vida,
sucumbe sin estrépito.

También tiene cabida en ese número el soneto autógrafo de Miguel «Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienes».

En el nº 101 (1961) se edita «Despedida al amigo», de Aurora de Albornoz,[21] así como «Miguel», de Muñoz Rojas, que veremos, en el número triple 108-110, de 1962. El número 112 acogerá «Al habla con Miguel Hernández», de Aquilino Duque.[22]

Para finalizar con la relación Bernabé Fernández-Canivell /Miguel Hernández, hay que hacer constar su rápida respuesta y

---

[21] «No despedida, hermano. / Tu voz está. / Es eterna. / Como el barro es eterno. // Tu voz, / la voz que nos dejaste, / tu palabra, / se maduró en los trigos. // Tu voz, Miguel Hernández, / «hermano, compañero, amigo», / se quedó para siempre / roja de fuego, bajo el sol de fuego. /// Tu voz, Miguel Hernández. // Tu palabra / que supo decir la Palabra / por todos». *Caracola*, 101, 1961, pág. 19.

[22] De lo que disponemos ya lo sé, tú lo sabes; / todo lo que nos falta nos une como hermanos; / ponemos el pie en tierra, y al quemar nuestras naves, / nos quemamos las manos. // Tú, que estás por detrás de la escena vacía, / que has llegado de un vuelo / a donde sólo llegan los que acaban el día / mientras estalla el sol en lo alto del cielo, // ves chirriar las veletas, zumbar los aviones, / el laurel reguindarse de las rejas de hierro, / y bajo las cadenas que arrastran los cañones / morir el más valiente como un perro. // Seguro que tú sabes si merece la pena / morir, dormir, luchar con la fortuna... / ahora que estamos todos metidos en faena / recogiendo algodón, verdeando aceituna. / Dios hace con la nada sus juegos malabares, / nos da la juventud, luego nos la hace trizas; / quema una pira inmensa de árboles seculares / y nos pone en la frente las cenizas. // España es como un barco perdido entre las olas, / un toro acorralado que muge y se debate. / Palidecen los trigos, sangran las amapolas / bajo los carros de combate (etc.)

colaboración cuando recibe una angustiosa carta fechada en Alicante el 7 de enero de 1952 y procedente de Manuel Molina, como director de la Colección Ifach, donde rezaba:

> Sencillamente, el próximo mes de marzo, los restos mortales de Miguel Hernández pueden pasar del nicho que actualmente ocupan a la fosa común. A todos nos dolería que tal cosa ocurriera. Y el modo de evitarlo no es sino el de recaudar para su viuda unas cuantas pesetas con que asegurar su permanencia en el actual nicho. Para ello, nos dirigimos a Vd. y a unos cuantos amigos más.
>
> El total a recaudar asciende a DOS MIL pesetas. La Colección Ifach contribuye con doscientas cincuenta.
>
> Esperamos y rogamos su ayuda para lo que, por ser tan importante, no requiere comentario. Su aportación voluntaria debe enviarla a Dª JOSEFINA MANRESA (viuda de M.H.), Partida de Carrús, 161. ELCHE (Alicante) (etc.).

El 26 de febrero de ese mismo año, Bernabé respondía a aquella carta en los siguientes términos:

> Hoy mismo, y por giro postal, he remitido a Josefina Manresa el importe de la recaudación para que los restos mortales del gran Miguel puedan reposar en paz unos años.
>
> Contribuye nuestro «Arroyo de los Ángeles» con ptas 200.- Los poetas José Salas y Alfonso Canales con 25.- cada uno. La Srta. Elena Villamana, catedrática de Lengua y Literatura en el Instituto con 15.- Bernardo Pérez, escultor, con 25.- Vallecillo Ávila, profesor de la Universidad de Granada, con 25.- Ángel Caffarena Such, sobrino del poeta Emilio Prados, con 50.- Y yo con 50.- lo que hace un total de Ptas. 415.-

La cantidad llegó a su destinataria, quien, en carta de 8 de marzo de 1952, contestaba a Bernabé:

> Distinguido señor: Hace unos días que recibí 415 pts mandadas por Vd. y que Vicente Ramos ya me había anunciado. Se lo agradezco mucho, lo mismo que a los amigos que han ayudado a esta cantida (sic). Sin otra cosa y muy agradecida, le saluda Josefina Manresa.[23]

Respecto a José Antonio Muñoz Rojas (Antequera, 1909-2009), parece ser que ambos se conocieron a través de Vicente Aleixandre. Así lo confirman unas palabras a su amigo Carlos Fenoll con las que el poeta oriolano acompañaba un par de colaboraciones para el tercer número de *Silbo*:

> Te mando, gran director, esos dos poemas [uno de Antonio Aparicio y otro de José A. Muñoz Rojas], que tengo mucho interés en que publiques. Uno, el soneto, es de un poeta sevillano que empieza "amigo mío"; el otro es de un amigo de Aleixandre, que tiene gran interés en que se publique.[24]

José Antonio fue uno de sus amigos fieles durante el periodo de confinamiento carcelario en Ocaña. Su poema «Miguel» no deja lugar a dudas de sus afinidades biográficas y temáticas:

> Tú, mejor que nadie, a tus alturas,
> sabes que no, Miguel, sabes que no.
> Mientras mordiste el ajo vivo
> y la almendra amarga y las collejas,
> y te agarraste a la esteva, y fue el silbido
> tu palabra; mientras bañaste
> en tus ojos la luz del campo, y no cubriste
> sino con cáñamo tus pies, y acariciaste
> tu libertad para ti mismo.

---

[23] Documentos que debo a la gentileza y generosidad de mi compañera en labores docentes y amiga cordial Mª José Jiménez Tomé, Directora del Archivo-Biblioteca Bernabé Fernández-Canivell. Esta documentación salió a la luz en breve artículo de Rafael León el 12 de septiembre de 1981 en la página 7 del diario *Sur* de la capital malagueña.

[24] José Luis Ferris, cit., pág. 334.

Mientras mordiste los ásperos limones
y el barro, Miguel, que era tu nombre, fue tu tierra,
y hablaste con silbidos los diálogos
de la tierra, la madre, fue en tus labios
fiel clavel de la tierra, la palabra.[25]

No menos fiel fue Carlos Rodríguez Spiteri, nacido un año después que Miguel Hernández en un lugar céntrico y emblemático de la capital malagueña, el nº 22 de la Alameda Principal.

Destinado su padre, ingeniero de Caminos, a Madrid, empezó en la Universidad Central a estudiar la carrera de Derecho que concluiría en Granada. Contacta muy pronto con los escritores del 27, y consigue ver publicado su primer libro, *Choque feliz*, en 1935, en la colección «La Tentativa poética», que dirigen Altolaguirre y Concha Méndez.

Carlos Rodríguez Spiteri se convertirá en uno de los amigos más fieles de Miguel Hernández durante el periodo de confinamiento en el Reformatorio de Ocaña y Alicante.

A Carlos, que está en continuo y directo contacto con Vicente Aleixandre, escribe Miguel una serie de cartas en las que descubre sus necesidades y solicita su ayuda, a lo que el malagueño siempre responde positivamente.

En la primera carta, del 16 de marzo de 1941, además de agradecerle las noticias y los alimentos recibidos, Miguel muestra otras necesidades y cómo discurre su proceso anímico de hombre sin libertad, un hombre que sobrelleva un obligado periodo de ascesis personal: «El tiempo pasa, amigo Carlos, dejando su huella en todos, y más o menos profunda, según la calidad de los seres y las cosas. El tiempo en la cárcel es para mí una buena lección de vida y de todo lo contrario, y un provechoso curso de humanidades».[26] Conmueve la sinceridad del oriolano, que no siempre es tan claro, especialmente con Josefina, a quien no quiere atormentar con sus penas.

En la segunda carta, pese a que ha de escribir lo menos posible, para que pueda superar la censura carcelaria, encuentra una frase

---

[25] José Antonio Muñoz Rojas, «Miguel», en *Poesía*, ed. de C. Cuevas, Málaga, Col. Ciudad del Paraíso, 1989, pág. 285.

[26] Miguel Hernández, *Epistolario*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pág. 114.

para alentar a Carlos en su labor poética, al cobijo del gran maestro Aleixandre, pues él «enriquecerá tu juventud con su madurez total».[27] Es carta firmada con seudónimo, dirigida a los dos poetas amigos.

En la carta siguiente se interesa por su traslado a Alicante, y agradece un obsequio de Muñoz Rojas a Josefina.

En las cartas nº 4, 5, 7, continúa esperanzado en su traslado a Alicante y solicita la intercesión de Germán Vergara Donoso. Vuelve a dar muestras de su situación económica y anímica, y llama «hermano político» a Carlos.

La número 8 presenta a un Miguel Hernández lleno de júbilo porque gracias a los comestibles que le hizo llegar Carlos, tuvo un estupendo almuerzo con su hijo.

En la carta nº 9 se conduele de la muerte del padre de Carlos, y da muestras de la enfermedad que lo conducirá finalmente a la muerte. Pero no pierde el tono irónico: el médico le ha dicho que se sobrealimente y no tiene con qué. Una vez trasladado a Alicante, Rodríguez Spiteri siguió enviando paquetes con alimentos a Miguel, como recuerda Josefina: «La comida que mandamos ese día fue arroz y conejo, además de la oportunidad de llegar ese día un paquete que le envió el amigo Carlos Rodríguez Spiteri».[28]

Una nueva carta, descubierta por Eutimio Martín en 2008, comenta, entre otros asuntos, lo siguiente: «Querido Carlos: con gran sorpresa, he recibido ese libro tuyo del 38, cuando las circunstancias eran muy otras para todos. Son poemas esos tuyos impregnados de la enrarecida atmósfera que respirabas, llenos de la angustia y la esperanza de tu juventud. Me alegran ciertos versos, donde la ternura halla su forma de expresión más inspirada. El libro, en total, está lleno de ese aliento que hace patente a un poeta».

El poeta malagueño, que también envió dinero en repetidas ocasiones a Miguel y a Josefina,[29] publicará su poema «Miguel Hernández» en 1947:

---

27 Id., pág. 115.

28 *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, cit., pág. 131.

29 «Las ayudas económicas que tuvimos por entonces fueron las 150 pesetas que me enviaba, a veces, Don Germán Vergara, del consulado de Chile. Una vez me envió 300 pesetas. Y los frecuentes giros de 125 pesetas que me mandaba don Vicente Aleixandre. También me envió alguna vez el señor Muñoz Rojas y Carlos Rodríguez Spiteri». Id., pág. 143.

Ya eres cuerpo reposado
con el sueño de la piedra.
Todo es silencio en los rebaños
que se alejan por el alba sosegada.
Ya se seca tu voz de arpa,
y la sangre es un río muerto
en el verde de tu ancha mirada.
Vuelves a la tierra, acariciando
el nombre de los árboles y pastos,
cuando el alma es ya la sombra
guardada por las petunias del cielo.
De dolor, se cubre la tierra de sangre,
como ríos que abandonan los huesos,
cuando las lágrimas se vierten
en el largo viento de la muerte,
que dan el adiós al poeta.[30]

Más joven que Spiteri, Francisco Giner de los Ríos Morales (1917-1995), era madrileño, aunque su ascendencia malagueña y su regreso a Nerja para pasar los últimos años de su vida en aquella localidad costera, lo convierten en malagueño de adopción.

Fue un intelectual comprometido, escritor prolífico y ferviente compilador, durante su exilio mexicano, de todo cuanto tenía que ver con las letras españolas. Se convirtió, con Moreno Villa, Prados, Altolaguirre y Juan Rejano, en coeditor de la revista *Litoral* durante su etapa americana.

Apenas conocida la noticia de la muerte de Miguel, escribió «Elegía en la muerte de Miguel Hernández», publicado por primera vez en *Cuadernos Americanos* Año I, núm. 6. México, D.F., noviembre-diciembre, 1942 con algunas variantes sobre el texto que ofrecería posteriormente.

---

[30] Carlos Rodríguez Spiteri, *Los poetas*, Madrid, Navidad-1947, Laurel de Adonais nº II, pág. 20.

MIGUEL HERNÁNDEZ

...Y siento más tu muerte que mi vida.

M.H.

A estos cielos que escuchan hoy tu nombre
entre la angustia de mis labios lento,
a estos campos que tú hubieras alzado
hasta el milagro de tu voz abierta
para amarlos, cantarlos y entregarlos,
a esta tarde redonda de hermosura,
quiero, Miguel, venir con tu memoria.
Aquí te siento bien; tengo tu pulso
y aguardo con la luz tus ojos tristes.
Olvido, con tu nombre y tu presencia
clavados dulcemente en el recuerdo,
tu tremendo dolor y tu agonía
para encontrarte fresco sobre el agua,
limpio sobre el silencio de los campos
y en la luz y el poema compañero.

Te llevo por el campo, dolorido
mi pecho de tu ausencia y tu llamada,
y no puedo pensarte terminado,
tus limpios ojos quietos para siempre.
Tierno y duro pastor del otro día,
soñando con las huertas de Orihuela
una luz incesante y manadora
que te anegaba el corazón insigne,
alegrando el color del Manzanares
con tu blanca camisa, tus abarcas
y un ardor contenido de Levante,
cantando entre los tiros del Jarama
la canción española de la guerra.

No has muerto, que te han muerto entre unos muros
asesinando el vuelo de tus pájaros,
la voz de tu garganta amordazando.
Derribada hermosura sin remedio,

irremediable muerte a la palabra
tan lejos de mi sangre y de mi aliento.
Aguárdame, Miguel, en nuestra tierra,
en la quietud forzosa de tus labios,
en la clara verdad de tu silencio
que hace temblar tu cielo con promesas
de una canción bajando hasta los hombres.
¡Que su turbia conciencia se deshaga
con tu sangre indeleble, con tu rayo!
Y de albas y de auroras nos incendie
la pasión de tu carne ya cumplida.

Como te alza hoy mi pecho a la ternura
y a la honda memoria que te aguardo
quiera la tierra nuestra, que prendiste
con la dulce semilla de tu nombre,
cumplir con la mañana su jornada
y subirte algún día hasta su gloria.
Miguel de hierba, fuego y alma solo,
hermano muerto en esta viva muerte:
tú empujas con tu sangre y con tu ejemplo
el alto amanecer de la esperanza.

(Teotihuacan y México, 18 de octubre de 1942)[31]

No fue el único texto poético dedicado al autor de *Perito en lunas*. También lo recordaría en un romance, «Miguel Hernández», dentro de su libro *La luz recuperada (Poemas de Alicante)*, donde hace referencia a aquel poema anterior:

MIGUEL, por Orihuela,
voy a verte mañana.
En Madrid (treinta y cinco)
tu corazón saltaba.
amigo en Velintonia
tu canción empezaba.

---

[31] Francico Giner de los Ríos, *Jornada hecha*, Málaga, Ayuntamiento, col. Ciudad del Paraíso, nº 10, ed. de Rafael Inglada, 2008, págs. 358-360.

Tanta es la muerte en medio
que la vida se calla
para vivir tu muerte
en silencio, en su alma,
que es la que el cielo dicta
para mañana.
¿Y no es verdad, Miguel,
que lo que importa basta,
que todo va sobrando
frente a lo que importaba?
No sé por qué pregunto
a esta noche callada
que en nada nos entiende
y viene de la nada.
Pero tiembla en el aire
Orihuela mañana
e impacienta la luz
el temblor de mi alma.
En el recuerdo siempre
-Teotihuacan callaba
con tu viva memoria-
mi corazón te alcanza.[32]

En cuanto a Ángel Caffarena Such (Málaga, 1914-1998), era hijo de Luis Caffarena Sola y María Such Martín, prima hermana de Emilio Prados. El autor de *Jardín cerrado* fue quien le enseñó a leer y lo educó en sus primeros años, llegando a ser poeta e historiador, aunque haya pasado a la historia de las letras fundamentalmente como editor. En sus «Publicaciones de la Librería Anticuaria "El Guadalhorce"» editó en 1967 (veinticinco aniversario de la muerte del autor de *El silbo vulnerado*) un poemario de José Gerardo Manrique de Lara titulado *Homenaje a Miguel Hernández*. Es un bellísimo libro en cuarto, de apenas cincuenta páginas cuyo análisis merecería mayor extensión aquí, lo que no se efectúa por el origen granadino del autor.

---

32 Id., págs. 662-663.

En «Nota a la edición», Caffarena explica:

> Nosotros le conocimos en aquel Madrid de los años treinta, lleno de fe e ilusiones, nosotros literalmente lloramos al enterarnos de su fallecimiento. Nos creemos incapaces de dar expresión escrita a tanta rememoranza (*sic*) y a tanta admiración, por esto y por muchas otras cosas, hemos solicitado de José Gerardo Manrique de Lara, el privilegio de la edición de este volumen que sabíamos tenía preparado. [...] Con ello, Miguel encuentra entre nuestras publicaciones el lugar, anchuroso lugar, que se merece, que no por el tamaño han de medirse las cosas, menos cuando de poesía se trata.[33]

En ese texto ni en otros de Caffarena se afirma que el malagueño visitase a Miguel en la cárcel de Alicante, como puede leerse en algunos lugares.

A la diligencia[34] y coordinación de Ángel Caffarena se debe la dirección del número 73-74-75 de la revista *Litoral* en su cuarta etapa, dirigida por José María Amado,[35] número titulado *Vida y muerte de Miguel Hernández*, y claro homenaje al poeta en la tardía fecha de 1978.

Ángel Caffarena, durante un largo periplo tras la guerra civil, había ocupado diversos cargos administrativos como funcionario del estado en Valencia, Ciudad Real, Málaga, y luego Alicante. En la ciudad levantina había fundado con Manuel Girón y Francisco Llobregat la Galería de Arte «Litoral», la primera en exponer en España obras de Rafael Alberti.

---

[33] Anónimo (pero Ángel Caffarena), «Nota a la edición», José Gerardo Manrique de Lara, *Homenaje a Miguel Hernández*, Publicaciones de la Antigua Librería Anticuaria «El Guadalhorce», Málaga, 1967, pág. 43.

[34] Desde Alicante y dentro de sus ediciones, también se preocupó por mantener viva la memoria de Miguel Hernández imprimiendo: *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela*, de Manuel Molina; *Apuntes para un estudio del gongorismo poético de Miguel Hernández*, de Rosa María Serrano Puig; y *Márgenes de la curiosidad (Estudios de Literatura Española)*, de José María Balcells. Él mismo, y en su libro *Cosas de Alicante*, escribió el texto: «La Poesía: Miguel Hernández».

[35] También colaboraron en esta función Francisco Giner de los Ríos y Lorenzo Saval, entre otros escritores y artistas.

Los diez años que lo mantuvieron en Alicante le permitieron entrar en contacto con escritores y artistas de aquella zona, y allí fue donde, según sus propias palabras, se fraguó ese número especial de *Litoral*, gracias al decidido apoyo y asesoramiento de Vicente Ramos y Manuel Molina.

Caffarena señala en las páginas introductorias:

> Conocí a Miguel siendo yo estudiante de Filosofía y Letras en Madrid. Aquel Madrid de los años treinta[36] que plasmó el impresionante resurgir de nuestra cultura universitaria, al punto que, sin exageración, puede decirse que España se encontraba en la vanguardia europea de cuanto al arte y la cultura se refiere. [...] Era por entonces, Miguel Hernández, muy joven, casi un adolescente. Llegó a Madrid desde su Orihuela natal, no pensando orgullosamente como tantos otros en la conquista de la ciudad, llegó con una inmensa carga de ilusiones escondidas tras el ropaje de aquel su aire lugareño de hombre modesto, nacido para dar cuanto pudiera al pueblo llano del que nació y para el que vivió con ejemplar entrega. Falto de recursos, encontró acomodo finalmente por la intervención de José María Cossío y gracias a esto pudo ir viviendo, al tiempo que creaba una obra que pronto resplandecería con luz propia. [...] Le recuerdo con aquel su aire de labriego y pastor tras el que escondía un alma de superior sensibilidad entregada por entero a lo más noble y desinteresado, poniendo a contribución de sus ideales de hermandad y justicia todo cuanto era. Siempre se

---

36 «En 1934 obtuvo el título de Maestro de Grado Profesional, junto con Adolfo Sánchez Vázquez entre otros, y en 1935 el de Profesor Mercantil. Estuvo destinado en Melilla, donde dejó un sustituto, y marchó a Madrid. Aprobado el ingreso en la Universidad, cursó estudios de Derecho y Filosofía y Letras, rama de Historia. [...] Durante este tiempo visitó asiduamente la Residencia de Estudiantes, donde frecuentaba al grupo de jóvenes intelectuales malagueños». M.D.G.N. (María Dolores Gutiérrez Navas), en C. Cuevas, *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia*, Madrid, Castalia, 2002, págs. 136-137.

> distinguió por su bondad y amor hacia las clases sojuzgadas y asaeteadas por el mundo de bajezas que le tocó vivir.[37]

El número-homenaje a Miguel Hernández contiene la introducción citada, una fotografía de Miguel, y la reproducción de la portada de *Quién te ha visto y quién te ve*. A este apartado le sigue una «Breve antología» de textos que van desde *Perito en lunas* hasta sus *Poemas últimos*, recopilados por Ángel Caffarena e iluminados con cinco dibujos de José Díaz Pardo.

Le sigue la sección «Sobre Miguel Hernández y su obra», con textos de Miguel y de Neruda.

A continuación se abre el apartado más amplio: «Documentos, cartas y poemas», que recopila las más conocidas cartas manuscritas y transcritas de Miguel a Carlos Rodríguez Spiteri. Reproduce a continuación una carta de 18 de julio de 1941, de Germán Vergara, Consejero de la Embajada de Chile, a Carlos Rodríguez Spiteri, donde le da cuenta del próximo traslado de Miguel a Valencia, cosa que nunca se produjo.

Tiene cabida también una foto del propio Miguel, con texto en prosa de Carlos Rodríguez Spiteri, al que siguen tres poemas del mismo autor.

Las siguientes aportaciones son de Miguel Abad Miró (dibujo), Vicente Aleixandre («Miguel Hernández, nombre y voz») y un total de 35 aportaciones más: breves ensayos, poemas y dibujos de diversos autores.[38]

De todas ellas podrían destacarse por su impronta o su novedad, el collage-poema de Lorenzo Saval (pág. 131), los dibujos de Eugenio Chicano (págs. 137, 193), el dibujo (pág. 161) y el poema del poeta, pintor y dramaturgo veleño Joaquín Lobato (1944-2005), (pág. 200):

---

[37] Ángel. Caffarena, «Introducción», *Litoral*, nº 73-74-75, 1978, pág. 7.

[38] Muchos de ellos ya editados anteriormente, o preparados para otros momentos y situaciones de homenaje al poeta de Orihuela, que por ello no se repiten aquí.

ODA A MIGUEL HERNÁNDEZ

Miguel, Hernández, Miguel.
Ya vendrán los atardeceres
buscando las últimas esquinas,
y dos mil palomas se sentarán sobre tu nicho
para devorar a las serpientes
que destrozan tu cráneo.
Y sembraremos centenares de jazmines
sobre tus huesos rotos
para que no llores por las noches.

Miguel Hernández, Miguel

Los niños se hartan de reír
con las películas de Walt Disney.
Pero cuando sean mayores
leerán tus versos
y buscarán tu corazón
para repellarlo por todas las paredes del mundo.
Pintarán tu ataúd
para que lo tengas siempre limpio.

La muerte mamará mala leche
para quien intente estrujar cualquier cordero inocente.
Por eso yo te evoco esta noche,
porque tengo un ojo tuyo
en un bolsillo de mi chaqueta
y quiero devolvértelo.
Pero yo te pido a cambio
un pedazo de tu pena,
para no quedarme tan solo.
Para tener algo de ti como recuerdo.

Miguel Hernández, Miguel.

La tumefacta ironía del alfabeto
se muere de vergüenza cuando te llamo.
Un incensario de lirios coronarán
los versos de esta oda
que te escribo con bolígrafo rojo

para recordar la sangre de tus cabras
que murieron sacrificadas.

Miguel Hernández, Miguel.

Nada ha cambiado. Una danza absurda de puñales
matan a millares de toros todos los veranos.
Tú escribirías chorreones de poemas
con las ramas heridas de sus costados,
y con el bisturí de la esperanza
intentarías aliviar la pena del toro.
Pero todo es inútil. Tú lo sabes muy bien.
Los toros seguirán muriendo en el esfuerzo de ahogar
el clarín que anunció su muerte.
Porque tú sabes muy bien que la muerte es irremediable.

Crecerá la espiga y comeremos pan
Hasta el final de todo. Hasta descomponernos en el polvo
prometido.
Hasta que nos encontremos contigo en el abrazo infinito.[39]

La revista *Litoral*, con todo, en su tercera época, malagueña, se había acordado de Miguel en números anteriores.

En el nº 1, de mayo de 1968, publicando «Umbrío por la pena» y la «Elegía» a R. Sijé,[40] y con una ilustración de Moreno Villa que presenta a tres de los poetas muertos durante o por causa de la guerra civil: García Lorca, Antonio Machado y Miguel Hernández.[41]

El nº 4, del mismo año, recogía varios poemas de Miguel, en concreto los agrupados bajo el título «Corrida real»: «(Cartel)», «(Plaza)», «(Toro)», «(Toros y caballos)», «(Toro y banderillero)», «(Toro y peón)», «(Toro y torero)»,[42]

En el nº 7 (abril-mayo, 1969), había dado a la luz «Guerra» y «La vejez de los pueblos»,[43] con alguna leve variante.

---

[39] Joaquín Lobato, «Oda a Miguel Hernández», *Litoral*, nº 73-74-75, 1978, págs. 200-201.

[40] Págs. 21-22.

[41] Pág. 4.

[42] Págs. 16-19.

[43] Págs. 15-16.

En el nº 9 (septiembre, 1969), se incluía el texto «Miguel y Federico»,[44] donde se advertía la relación entre Federico García Lorca y Miguel Hernández. Un texto extraído, según reza a pie de página, «(Del libro *Revista Nacional de Cultura*, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional. Caracas)».

Y se había recordado también a Miguel en el número 61-62-63 de *Litoral* dedicado a «La poesía en la cárcel», donde se incluía el poema de Alberti, un conocido texto de Neruda, «Muerte nupcial», y «Las cárceles», del propio Miguel Hernández, ilustrado este último texto por un extraordinario collage de Lorenzo Saval, que también aportó un texto en prosa y verso, «Una gran soledad de rugidos», sobre el oriolano.

Por otra parte, la labor editora que se llevó a cabo en Málaga durante la posguerra serviría para dar a la luz *Elegía*, de Miguel, tal vez en 1955,[45] iniciando la colección *Cuadernos de poesía*, 1, una de las que llevaron a buen puerto Rafael León y su esposa, la poeta María Victoria Atencia.

Por su parte, Manuel Alcántara[46] (Málaga, 1928), más conocido en determinados círculos como columnista, que ha sido asimismo periodista deportivo entre otras ocupaciones relacionadas con las letras, también tuvo ocasión de dedicar un poema al escritor oriolano.

En su poemario *Este verano en Málaga*, con el que obtuvo, en 1984, el Premio Ibn-Zaydún de Poesía,[47] que otorga el Instituto Hispano-Árabe de Cultura, incluía, en la segunda sección de la primera parte del libro un poema titulado «Miguel».

Se trata de un poema breve, de tono popular, con versos octosílabos distribuidos en cuatro soledades (soleares, dirían en Anda-

---

[44] Págs. 24-25.

[45] La misma María Victoria Atencia, en carta que me dirigió el 24 de abril de 2009 dudaba sobre la fecha de publicación de la obra, remitiéndome a R. Inglada, *Málaga, 1901-2000: un siglo de creación impresa*. En página 113 se sitúa la fecha entre interrogantes.

[46] Con *Ciudad de entonces*, 1962, obtuvo el Premio Nacional de Literatura. También ha sido distinguido con el Antonio Machado y el Hispanidad de Alforjas para la Poesía. Como articulista ha conseguido el Javier Bueno (Asociación de la Prensa de Madrid), el José Mª Pemán, el Pedro Antonio de Alarcón, el Bravo, el Costa del Sol, etc.

[47] M. Alcántara, *Este verano en Málaga*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Colección de Poesía Ibn Zaydún, nº 4, 1985, «Palabra» previa de Jesús Riosalido. Hay segunda edición en Madrid, Unión Editorial, 1998. En esta ocasión el verso 8 ha perdido la línea blanca que lo separaba del 9.

lucía, incluso *zoleares*)[48] separadas por un verso suelto que rima asonantemente con los versos impares de la siguiente estrofa.

Con él rememora la muerte de Miguel Hernández cuando Alcántara contaba apenas 14 años, y cuando el conocimiento de la vida y de la obra del oriolano era prácticamente imposible por culpa de la censura.

MIGUEL

No sabía que Miguel
muriera de España y cárcel.
No se podía saber.

Era yo un niño en el parque.

Bajó del penal al aire
un rebaño de palabras.
Estaban llenas de sangre.

Era yo un niño en la playa.

A aquellos montes de Málaga
tiraron todos sus versos
y sus penas y sus cabras.

Aquí se mató un almendro.

A tierra que mata almendros
yo no la puedo creer
aunque jure por sus muertos.[49]

Con este y el siguiente poema del libro, dedicado a Manuel (Manuel Altolaguirre), Alcántara homenajea a dos poetas que no pudo conocer, puesto que con el malagueño tenía cita acordada en Madrid para el día siguiente al accidente que se llevó su vida y sus ilusiones.

---

[48] Véase A. Alcalá Venceslada, *Vocabulario Andaluz*, Jaén, Universidad / Cajasur, 1998, pág. 581.

[49] Manuel Alcántara, *Este verano en Málaga*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, págs. 63-64.

Poetas malagueños de diversa entidad y en diferentes momentos, han dedicado su atención a Miguel Hernández. Recogerlos a todos sería una labor de años, por lo que baste incluir aquí, a modo de epílogo, a José Infante, ganador del prestigioso Premio Adonais en 1971 con *Elegía y no*, que le permitió traspasar los ambientes provinciales.

De 1970 es su poema «Es preciso matar para seguir viviendo» (Miguel Hernández), que incluiría en su Carpeta *Homenaje a Miguel Hernández*, Madrid, PSP, Comisión de Cultura, 1978:

No quise aprender
a matar.
Tiré el fusil
y desprecié la pólvora.

Quise aprender a
defender
al hombre
solamente con el brazo
extendido.
Creí que bastaría
mi palabra,
mi canción...

Lo que aprendí
es esto:
para seguir viviendo
hay que matar
matarse
un poco
cada día.

Ni yo.
Tampoco tú.
Nadie
continúa siendo azul
en la pelea.[50]

[50] José Infante, *Poesía, 1969-1989*, Málaga, Ayuntamiento, 1990, pág. 474.